



«San Antonio trae novio»

DE antiguo venía en Villembrines el uso del refrán que sirve de epígrafe al presente capítulo, y con arreglo á él, se tenía por cierto que toda moza casadera encontraba el deseado futuro en la fiesta de San Antonio, pues el santo se ocupaba, según opinión de los villembrineses, en encender los corazones, des-

empeñando análogo papel que el Cupido de los mitos antiguos. Ignoramos el por qué de esta virtud y patrocinazgo atribuido al santo; pero es lo cierto, que así como el conocido adagio: «Abril y Mayo, llave de todo el año», significaba á los labradores que las lluvias y templanzas de ambos meses son el barómetro de una buena cosecha, así se decía á las muchachas como segura profecía en el lugar: «*San Antonio trae novio.*»

Llegó el santo en efecto con el consabido enjambre de pretendientes, y todo fueron chanzonetas y bromas desde el rayar del alba, cambiados entre mozos y mozas. No era, aquél, día de fiesta en Villembrines; pero con todo, se celebraba con misa mayor, tan solemne como puede figurarse el lector, dado que don Ezequiel la amenizó con un divertido panegírico; las faenas no habían de durar más que hasta una hora antes de oscurecer, y entonces de los bailes y zambras y enamoramientos en la plaza del pueblo!

Y dicen los escritos en que está apuntada esta verdadera historia, que cuando apenas clareaba el día, Manuelilla estaba vistiéndose á la luz mortecina de un candilejo, con mucha priesa y aturullo, pues sin que supiera por qué, le había cogido el sueño con tanta fuerza aquella madrugada, que no despertó hasta que hubo oído los gritos más desaforados que jamás oyera, y visto junto á su cama la espantable figura de la tía Antonia gesticulando furibunda y amenazadora, gritos y gestos que enteraron bien pronto á Manuelilla de cómo la pesadez del sueño fué causa de no dejarla escuchar el pito de Ramón, el pastor, quien de este modo anunciaba su partida al campo, para que cada vecino diera suelta á su cabrilla ú oveja.

Fuése al cabo la tía, y la sobrina, que corría de cada vez más, poniéndose estaba un zagalejo, cuando sintió el ruido de un fuerte altercado en la calle: al punto

conoció en el metal de las voces la de su tía y la de Ramón, y abriendo en seguida la ventana, vió a la luz pálida é indecisa del alba á la tía en la puerta de casa, como quien no quiere más cuestión, y á él, como quien está reacio para marcharse, pero sumiso.

La señora Antonia, montada, ó mejor empingorotada, sobre la serpiente de la cólera más tremebunda que el monstruo apocalíptico, gritaba al muchacho:

—Me gusta el desvergonzado; ¡que á la cabra la he herido yo! Bodoque, ¿crees que comulgo con ruedas de molino?

—Pues si tiene herida ú no la tiene—decía Ramón—tanto me da, que yo no se la hice. Démela usted, que yo sé curar á las bestias con unas yerbicas que hay en el monte.

—¡Dártela! ¡Qué más quisieras tú, bestión! Anda de ahí, que mi cabrilla no volverás á apacentarla.

—Vamos, señora Antonia, yo la prometo de ser más cuidadoso otra vez.

—Anda, así *te coma el moro Faquimo*.

Y la tía Antonia se entró sin querer escuchar una palabra más al pastor; el cual, al fin, tuvo que irse sin la cabra.

Buena parte de la mañana le duró á la tía el sofocón; pues por cualquier cosa se le subía el humo á la buhardilla, y más de una vez pegó con la pobre sobrina por pequeñeces que no merecen contarse. Bien que Manuelilla, maquinando realidades ilusorias, quizás andaba algo torpe y distraída.

Las faenas domésticas de aquel día pasaron de lo acostumbrado, y gracias al auxilio de una vecina, pudieron cumplirse con poca sobra de tiempo, pues era tarea larga aquello de sacudir el polvo á toda la casa, confeccionar tortas, almíbar y cuajada para obsequiar á las visitas que vendrían á felicitar y curiosar, y en suma, todos los preparativos de rúbrica exigidos por

el acostumbrado ceremonial de la fiesta del santo. De todos los preparativos, el más importante y extraordinario fué el de lavar la cara al San Antonio, ponerle un escapulario bordado, sobre el que ya tenía de talla, en las manos flores de trapo y lazos de vivos colores; engalanar al Niño Dios con una banda encarnada, que parecía con ella capitán general ó guarda de campo, y adornar el altar con manojos de oloroso tomillo y florillas silvestres, puestos en jarros de loza talaverana, que hubieran puesto los dientes largos á cualquier coleccionador de antiguallas.

Concluidas todas estas operaciones, que produjeron á la de los días horrorosos berrinches, alguno de los cuales proporcionó buenos pescozones á la sobrina, ésta se peinó, lavó y engalanó primorosamente con un vestido de percal blanco rameado, que por ser nuevo estaba muy recio, un pañolito de talle, de seda, y unos pendientes de plata.

Cuando el sol fué de caída, dieron principio los bailes, y allí de cánticos, rasgueo de guitarras, bulla, chicoleos, finezas y requiebros entre los enamorados villembrinenses. Pero Manuelilla no fué á la plaza, aunque buenos deseos se le pasaron de ello, pues la tía dijo que no le estaba bien andar en jolgorios de enamoramientos á la que, si Dios fuese servido, pronto sería la esposa del hijo del alcalde.

Desde poco antes de oscurecer, empezó el jubileo de los felicitantes. La señora Antonia, muy hueca y bien vestida, entre señoril y lugareño, de pie en medio del concurso, peroraba con más fuego que un orador parlamentario; pues por motivo de ser sus días, y tener la honra de recibir á todo el pueblo, se creía en la precisión de no callar en toda la noche.

Era esta recepción en la sala, donde lucían muchas velas delante del santo, y había en medio una gran mesa, sobre la cual, en grandes fuentes y escudillas,

ofrecíanse bollos espolvoreados, roscos de boda, alfajor y alajú (dulces de origen moruno sin duda), rosquillas y confituras, además de platos con cuajada, arroz con leche ó almíbar.

La concurrencia, que poco á poco fué aumentándose, la formaba lo más escogidito del lugar; pues allí estaba don Ezequiel tan pacífico como de costumbre, allí el boticario, señor Frutos, tan disputador; allí el tío Gaspar tan campechanote, la tía Victoria tan frescota, y otros muchos vecinos y vecinas, todos contentos, y todos muy cumplidos, y todos habladores en aquella ocasión.

Era objeto principal de las conversaciones el estado de la cosecha; y decían los más francos é imparciales que venía buena, y los tacaños, que mala: hipocresías de propietarios. Inútil parece decir que al bando de los últimos se aferró con ahinco el señor Homobono, y al de los primeros el señor Frutos, éste no más que por llevar la contra y meterse de hoz y de coz en su elemento favorito: la disputa. Las muchachas, que con la agitación del bailoteo tenían todavía dos rosetas de grana en las mejillas, mucha alegría en los ojos y retozona risa en los labios, comentaban por lo bajo, y con frecuencia al oído entre estrepitosas carcajadas, los dichos y agudezas de los mozos en la plaza, tiroteándose, á hurtadillas con ellos, á miradas y á pullas. Las casadas y jamonas; qué hacer sino escuchar á la señora Antonia?; aunque también había aquello de meter el cucharón las pocas veces que era posible, amén del sayo que, unas para su camisa, otras con su vecina, todas cortaban á la anfitrióna. Era tema obligado de la perorata de ésta dar disculpa de lo pobremente que se celebraba aquella fiesta, otros tiempos tan lucida, ponderar las infinitas tareas de aquel bendecido día, y eso que ella lo había dispuesto todo en un periquete, mientras otra hubiera necesitado diez

manos (disposición que atribuía á los buenos principios con que fué criada), y por último echaba de menos el auxilio de una hijica ó dos, á cuya gracia el cielo no se mostraba favorable. Las abuelas recordaban tiempos pasados y los rapazuelos acariciaban con miradas ansiosas los preparativos del festín de golosinas dispuestos sobre la mesa. Tan animada se hallaba la fiesta, cuando un mozo, que recostado en el quicio de la puerta dirigía mil floreos á las mozas, se cuadró con mucha gravedad y dijo:

—El señor alcalde.

Y entró un hombre de miembros recios, gesto neroniano, rostro encendido y traje al uso de la ciudad, pero de moda atrasada; pues traía gran levitón y pantalón de boca estrecha, y en la mano derecha lucía el bastón de autoridad, que ni en ocasiones como la presente abandonaba.

Algunas mujeres se pusieron de pie, que los hombres ya lo estaban á causa de no haber sillas para todos, y á una voz el concurso saludó al orgulloso cacique.

—Señor alcalde—gritó la tía Antonia—muy bienvenido por esta casa, con Dios y con sus santos. Siéntese, siéntese acá. Manuelilla, acerca el sillón.

El alcalde se arrellanó en el de vaqueta, y con voz muy acampanada:—siéntense todos—dijo.

—Zopenca, coge el sombrero del señor alcalde, ¿no ves que le tiene en la mano? Anda, llévale al zaguán—repuso la tía.

Y la sobrina cumplió el mandato. Por cierto que el sombrero, que merecía un aumentativo por lo desmesurado de sus alas, le halló la moza húmedo y pegajoso del sudor, lo cual le repugnó.

—Con que, mire usted, mire usted, y diga que le parece el San Antonio; está más guapo y más elegante que todos esos noviacos, que juntos no valen un comino.

Alborotóse toda la sala con el dicho de la señora Antonia, quien prosiguió :

—Hija, pues no faltaba otra cosa (esto iba á una vecina), sino que estuviera feo después de haber pasado el día lavándole la cara y poniéndole florecicas. Vamos, ¿qué dice don Lucas ?

El alcalde hizo una risita de conejo antes de hablar:

—Pues digo que, á tales requiebros como usted le echa, va á pensar Homobono que le pide usted al santo nuevo marido. Y si así es, tenga en cuenta que aquí estoy yo. (Don Lucas guiñó el ojo con malicia.) Que aún tengo buen ver.

—¡ Usted ! ¿ con los sesenta y los que anduvo á gatas ? Pues hijo, valiente novio.

—Hija, son algunos menos—corrigió el don Lucas algo amostazado.

Y mientras tales bromitas gastaba el alcalde con la tía Antonia, el señor Homobono dirigióse á la sobrina, diciendo :

—Pero ¿ aún no has preguntado á don Lucas por su hijo, tu novio, muchacha... ?

—Ven aquí—dijo don Lucas al escuchar estas palabras—ven aquí, arrapiezo.

La muchacha se acercó.

—¡ Qué hermosa que está !

Y la acarició la barba con delectación. Manuelilla se puso como una amapola y bajó los ojos.

—¿ Sabes lo que me dice Estebanillo en la carta que recibí ayer ? Pues, que dentro de pocos días toma la... licenciatura, como él llama.

—Vamos, que se recibe de abogado ?—preguntó la tía Antonia.

—Justamente. Y que enseguidita se viene aquí á casarse contigo. Di: ¿ le quieres, muchacha ? ¿ Piensas en él ?

Manuelilla callaba, y miraba al suelo llena de ru-

bor ; tan confusa la ponía aquella pregunta á quema ropa. El señor Homobono tomó la palabra por ella, diciendo :

—Pues, ¿ qué tiene que hacer sino pensar en él ? Vaya, pues así que se encuentran muchos mocitos de tan buenos principios y tan estimables calidades como el hijo del señor alcalde. Y que es lerdo el tal Esteban. Un discurso nos echó el otro verano, sobre el refugio universal y la libertad de bultos y... no me acuerdo qué otras cosillas, tan bien dicho, que, en fin, parecía los candidatos que hablan cuando hay elecciones.

—Ya ve usted, señor alcalde—interrumpió la tía Antonia que estaba reventando por hablar—como esta muchachica es tan buena como un corderico, le tiene mucha voluntad al Esteban. Máxime que ella demasiado entiende que, á no ser por el aquel que usted nos tiene, no se mereciera tan buen partido.

Don Lucas se esponjaba al escuchar semejantes pipos, y con gravedad fingida, ambas manos sobre el puño de su bastón, como si estuviera en el ejercicio de su respetable cargo de autoridad, preguntó á su futura nuera :

—De manera que ese ruborcillo del rostro quiere decir que le quieres, y que aguardas su llegada con impaciencia, eh ?

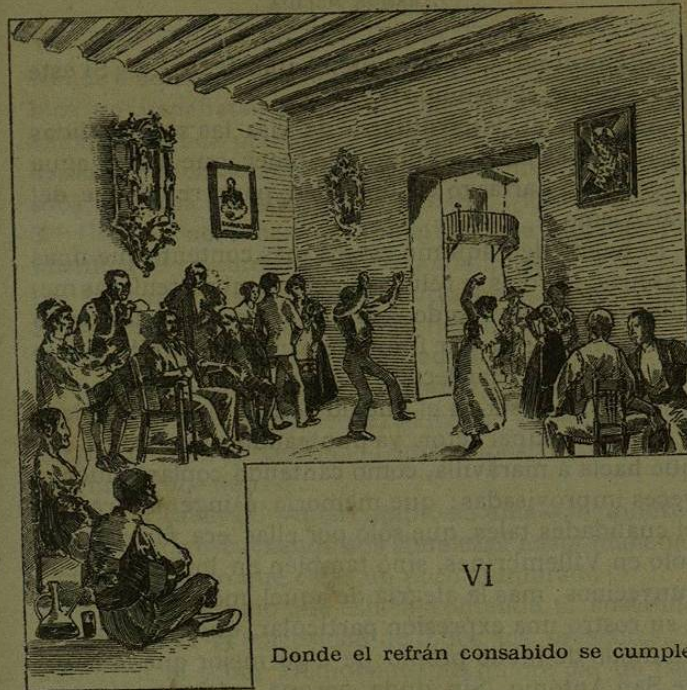
Manuelilla no desplegó sus labios.

—Vamos, melindrosa, contesta, que te pregunta el señor alcalde.

—Sí, señor...—respondió con timidez la muchacha, como si aquello fuera el interrogatorio de un juez, y esta respuesta la confesión del crimen.

Por fortuna, el juez se satisfizo con dos ó tres monosílabos más, obligadas contestaciones á sus impertinentes preguntas, y, al cabo, la muchacha fué á sentarse en el corro de mozas donde no cesaban las bromas, dichos y agudezas, por lo bajo. Estas mozas

estaban cerca de la puerta, y espaldas á ella, lo que dió ocasión á un hecho que puso en bullanga la sala toda, del cual y de todo lo demás que luego pasó, daremos puntual noticia en el capítulo siguiente.



VI

Donde el refrán consabido se cumple

QUANDO CON más misterio contaba una muchacha secretillos de amor y las demás la escuchaban inclinadas, hasta el punto de tocarse las cabezas de unas y otras, para no perder ripio, se introdujo de súbito en medio del corro un rostro morenote, y se oyó en toda la sala una gran voz que dijo así:

—¡Anda!... y qué á gusto que lo escucho yo también!

Fué cosa de chiste los respingos y exclamaciones de las asustadas mozas, y el asombro de la concurrencia. Todos, suspensos, volvieron los ojos hacia el sitio del suceso, donde se irguió muerto de risa el dueño de la cara y la voz, causa de aquel trastorno, y al verle todos gritaron, mudando el susto en divertimento:

—¡Faquimo!... ¿pues quién había de ser?... ¡Si este inventa con el demonio!...

Allí vino el desternillarse de risa las sorprendidas enamoradas, hasta el punto de tener que beber agua al cabo del hartazgo de hilaridad para reponerse del paroxismo.

El bueno de Faquimo estaba más contento que unas pascuas: los ojos le relucían como lumbre, tenía las mejillas teñidas de subido color de vino, y los labios no podían menos de dar franca expansión al júbilo que le embriagaba y enardecía.

No había fiesta en el pueblo donde él no se hallara y fuera principal actor, ya punteando la guitarra, cosa que hacía á maravilla, como cantando coplas, muchas veces improvisadas: que memoria é ingenio eran en él cualidades tales, que sólo por ellas era famoso, no sólo en Villembrines, sino también en los lugares circunvecinos; mas la alegría de aquel momento le daba á su rostro una expresión particular, que revelaba ser un modo de júbilo propio de algo mejor que la fiesta de San Antonio. Sin duda porque así hubo de comprenderlo, preguntóle la señora Victoria, su ama:

—Pero, Faquimo, ¿qué te sucede? Tienes los ojos más vivos que gato á lo oscuro. Por fuerza empinaste el codo algo más de lo menester.

—No, señora, no empiné sino muy poco; pero es que vengo de la plaza, donde aún está vivita la hoguera, y allí estos, estos, toda esta familia que usted ve, no ha cesado de echar bailoteos de lo firme, y estas manos no han dejado un momento de rasgurar la presente—y presentó la guitarra,—ni esta boca de echar coplitas. Anda, que lo que es Paquíloco... poco que nos ha hecho de reir. Se empeñó en soplar á uno de patitas en la hoguera; Luciano bien de zapatetas y esperrenques ha hecho—y señalaba al aludido en medio de las risas y burlas de toda la concurrencia.—Y

viendo Paquíloco que no podía con él, ¿qué hizo? fabricó un papanatas con pantalones y faja y camisa; nada, como una persona, y lo quemó llamándole carlistón, y endemoniado y bandido, dándole antes una soba mediana con un garrote tamaño. ¡Qué risa con él! Ustedes no saben qué bueno estaba aquello. Lo mismo que un comediante, se ponía furioso, y voceaba, y repartía zambombazos contra aquel bendito, que á todo callaba y se quedaba tan fresco; y lo bueno es que Paquíloco le pegaba en mitad de la tripa, y él hacía una reverencia: así. Vuelta otro trancazo: dale otra reverencia... y Paquíloco exclamaba: «Entodavía lo agradece el muy ladrón. ¡Toma, hipócrita...» Todos reventábamos de risa.

—Pero, callarás!—interrumpió su ama—¿ó quieres que estemos escuchando tus simplezas hasta mañana? Cuando yo digo que estás un poco alumbrado!

—No señora, sino que estaba contando el sucedido por satisfacer la curiosidad de todos los presentes, y ahora, si el señor Homobono me quiere dar un traguito... Porque aunque usted dice, señora, que estoy alumbrado, á fe mía que tengo el cuerpo por dentro más oscuro que boca de lobo, y con tanto reir y cantar me encuentro desfallecido.

—Acércate, hablador, acércate—dijo á esta sazón la tía Antonia—y bebe y calla.

—Eso de callar, no, señora, que en templando la vi güela de la garganta y la que en las manos traigo, voy á cantarle unas seguidillas al Santo para ver si me quiere dar novia; que aquí tiene usted mocicas muy reteguapas y todas tienen de bailar esta noche.

—Sí. ¡Eso, eso, á bailar!...—dijeron las lugareñas.

—Pues á buscar pareja, muchachos—dijo un mozo de los más divertidos y enamorados.

—No señor—dijo Faquimo suspendiendo el trago;—las chicas solas, que hasta la fecha, ninguna ha queri-

do ser mi pareja, y ahora todas han de bailar para mí, para mí solito.

—Dice bien Faquimo. Solas, solas — repitió el señor Frutos.

Y fallado el pleito por tan respetable autoridad, retiróse la mesa del *gaudeamus* y se pusieron por parejas, unas frente á otras, hasta ocho villembrinesas de gentil apostura, entre las cuales se hallaba Manuelilla, á la cual no quitaba ojo el alegre Faquimo, quien sentado en el suelo, á la moruna, junto al altar del santo y cerquita de la zagala, disponiéndose á empezar,

—Dé usted la señal, señor alcalde—gritó.

—Pues vaya—dijo don Lucas pegando con su bastón en el suelo.

Y Faquimo, rasgueando la guitarra, rompió á cantar con la siguiente improvisación:

San Antonio me ha dicho,
rojica mía,
que te gusta el oirme
las seguidillas.

Las parejas rompieron con un fandango.

Era de ver la ligereza de los inquietos pies, el donaire con que se movían los brazos, la gentileza con que flotaban los vestidos en las rápidas vueltas.

Toda la concurrencia celebró el baile con requiebros y palmoteos.

Luego se cambió el fandango en una jota acompañada de castañuelas, cuya copla, que echó Faquimo con toda la fuerza de sus pulmones, era como sigue:

Morena, si bien me quieres,
no se lo digas á nadie;
ponte la mano en el pecho,
dile al corazón que calle.

Manuelilla miraba de cuando en cuando al cantor

con el rabillo del ojo, y el cantor contemplaba á la moza con inocente franqueza, como si la desusada gracia de la bailarina fuese imán irresistible.

Aún continuó el bailoteo un buen rato, hasta que se les acabaron la fuerzas á las lugareñas, y con los carrillos como cortes de remolacha cayeron en las sillas, fatigosas y sudando. Faquimo no podía más: la muñeca de la mano rasgueadora se le partía, habíasele enronquecido la voz y todo su cuerpo estaba dolorido; pero, con todo, él protestó de la conclusión del baile, y hubiera deseado pasar en tal diversión la noche entera sólo por el placer íntimo é incomparable de que disfrutaba en ver á Manuelilla danzar al són de sus coplas: ¡qué bonitas las hubiera echado!

Vino el momento de dar ataque al castillo de la indignación, que otra vez ocupó su puesto en medio de la sala. Allí fué el atiborrarse bien de golosinas y beber de lo añejo, y allí los ofrecimientos á vida ó muerte, y allí la dentera de los rapazuelos, que de buena gana se hubiera engullido, cada uno, cuanto sus ojos abarcaban y mucho más que trajeran.

Faquimo no lo hizo mal con el alajú, pero aún lo hizo mejor con el retinto que, como oro en paño, conservaba el tío Homobono; y luego, completó el alumbramiento interior con no sé cuántas copillas del de anís.

Con el benéfico rocío del vino se levantó en aquellos espíritus, ya inclinados al jolgorio, la polvareda de chistes y agudezas más divertida que se puede imaginar. Chispeaban muchos ojos, enrojecían muchos carrillos, y no todos de vergüenza, y muchas bocas daban muestras de un ingenio improvisador inaudito.

Á Faquimo le entró por cantar coplas y tocar la guitarra y bailar y tutear al santo en varios discursos disparatados que le echó pidiéndole novia. Tal hizo y dijo, que su ama exclamó:

—Mira, Faquimo, salte al patio á que te dé el aire, que me va pareciendo mucho calor el que tienes en la cabeza y en el estómago.

—Justamente, mi ama—contestó el mozo—aquí siento una hoguera, más atizada todavía que la que está en la plaza.

Y acompañaba la frase con la acción de acariciarse el vientre.

—Anda, anda, muchacho: á fuera; ven conmigo—dijo el tío Gaspar.

Con efecto le llevó al patio, donde quedó solo.

Las muchachas, que tanto habían celebrado los disparates del mozo, fueron á observarle desde el corredor del patio. Le atisbaron junto al pozo, y con gran sorpresa, halláronle como pensativo ó triste, y hablando solo; mas como no le entendieran palabra, pues toda la carcamusa era entredientes, volviéronse á la sala, donde dijeron que Faquimo se disponía á dormir la mona.

Entre tanto, en la sala, en medio de aquel bullicio y jolgorio, Manuelilla no estaba contenta ni mucho menos. ¿Ella tan sonriente y dichosa, de ordinario, poníase triste luego de los bailes, dulces y chanzonetas? Así era en efecto. Alguien que lo advirtió le dijo si se sentía indispuesta, si el calor la desvanecía, ó si estaba cansada de las danzas de la noche y las faenas del día. Ella aprovechó esta última suposición para disculparse sin hacer más que confirmarlo; pero muy otra era la causa de su disgusto. Empezó á sospechar formalmente que no estaba buena, pues las mejillas le ardían y la cabeza se le partía de dolor; pero disimulando como mejor pudo, con mucha cautela se escurrió de la sala sin ser advertida, y sin ruido fué hacia el patio, cuya puerta abrió muy despacito, protestando para su camisa del chirrido de los goznes.

—¡ Maldita puerta !...—dijo.

Dió algunos pasos con mucho sigilo, dejando pasar un siglo del viaje de un pie al del otro, paseando, al mismo tiempo, miradas recelosas en derredor. En todo el patio no se escuchaba un mosquito. La luna, cual linterna sorda, arrojaba su luz blanca sobre el grupo principal de aquél cuadro: el ángulo donde estaba el pozo; el mozo sentado en el escalón de piedra, con ambos codos sobre las rodillas y ambas sienas sobre las manos, quieto como un muerto; la polea sujeta á una palomilla y de ella pendientes las dos cuerdas que dibujaban dos líneas negras sobre la pared. Manuelilla, avanzando de la sombra á la luz, recogióse la falda para no hacer ruido, y muy de puntillas se acercó, por junto á la pared, al sitio donde descansaba el mozo, quien, adormilado por la sobra de alcohol, continuaba hablando solo. Con tal cautela hizo esta maniobra la zagala, que de fijo no la hubiera sentido Faquimo en toda la noche, si ella no le llama con estas palabras:

—Faquimo... Faquimo... Muchacho... Oye... ¿ Estás malo ?

El mozo no contestó ni apenas dió muestras de haber advertido tal presencia.

—Faquimo—volvió á decirle siempre quedo y con ansiedad y disgusto fáciles de adivinar en el temblor de su voz.—Faquimo, ¿ no me conoces ? Si soy yo, Manuelilla. ¿ Quieres beber agua, di ?

Viendo que nada conseguía, recurrió al medio de llamarle por su verdadero nombre.

—Tomás... Tomás... ¿ no me ves ? Oye: alza la cabeza: mírame; soy Manuelilla.

Y al decirle todo esto se encogió para poner su rostro á la altura del de Faquimo, quien al oírse llamar por su verdadero nombre y parar mientes en lo dulce de la voz que le hablaba, y quizás también porque hubo de fijarse en el nombre de la moza, levantó el rostro al cabo: sus ojos inquietos y encendidos, de un

fuego que daba espanto, la palidez cadavérica de la frente y mejillas, la estúpida risa de los labios, hicieron estremecer a la pobre zagala.

Después entre risas, pausas y gestos, el mozo dijo así:

—Sí, justo... yo, Tomás... Me llamo Tomás... Lo que le voy á decir á San Antonio: eso... que el moro Faquimo me ha de dar todos los majuelos... Los majuelos que están junto al cerrillo del Diablo, porque me llamo Tomás... Y porque soy hijo del Moro... hijo suyo, yo... Y cuando me dé los majuelos, me caso... me caso con ella... con ella... Y si no quieren dárme la... los mato... ¡los mato!... ¡los mato!...

Y al llegar á este punto, el desgraciado, levantó la voz con tanta fuerza, que el grito de *¡los mato!* fué escuchado en toda la casa.

Manuelilla, asustada, y temiéndose que la sorprendieran, presto, presto, atravesó el patio, del cual no bien salía, cuando se topó con el tío Homobono; dió un grito lleno de confusión y espanto, y retrocediendo, exclamó:

—¡Ay! Si no le había á usted visto. ¡Ave María Purísima!

—Pero ¿qué hacías tú aquí, muchacha? Y ¿por qué pega tales voces ese animal?

—Vine á ver si seguía amodorrado ó no—balbuceó Manuelilla.

—¿Y á ti qué te importaba eso, mastuerza?

La muchacha se puso más encendida que la grana, pues á este punto ya había testigos delante y luz que les alumbrara á todos las caras; que un mozo de mulas, como escuchara la voz del amo, aprontóse á sacar el candil de la cuadra.

—Anda, anda arriba—dijo el tío Homobono—que ahora voy á hacer callar á ese maldito. No vale él el vino que se ha bebido y los vasos que se han roto por su causa.

Estas últimas palabras las dijo entre dientes entrándose en el patio.

Manuelilla subió dirigiéndose hacia la sala, pero la detuvieron cien veces varias personas para ponerla en otros tantos aprietos, preguntándola qué fué el suceso y cómo venía tan encarnada. Mientras duraba esta carrera de baquetas, escuchó desde la galería alta la espantable voz de su tío que gritaba así:

—¿Qué carcamusa traes ahí? ¡Faquimo de demonios! ¿Te parece bien haberme escandalizado la casa? ¡Borrachón! La culpa tengo yo que no te eché cuando llegaste haciendo borricadas. Muchachos, llevarle al pajar para que duerma la mona.

Mucho angustió á Manuelilla los malos tratamientos de que el mozo fué objeto; y más los sintió que unos pellizcos muy retorcidos, obsequio hecho á hurtadillas por su tía Antonia.

Todo se apaciguó y á muy poco desfiló la concurrencia, pues se escucharon las once en el reloj de la iglesia, hora desusada y hasta escandalosa para los honrados villedbrineses. Cuando se quedaron solos, la tía Antonia mandó acostarse á Manuelilla, dándole por vía de buenas noches un soberbio pescozón por curiosa y chismosa, según la dijo; razones por las que entendió la muchacha que nadie sabía el móvil secreto que á remediar el triste estado del mozo la llevara, como si semejante basca fuera tribulación que se consolará con buenas palabras.

Se acostó y no pudo dormir en toda la noche: le apenaba mucho haber visto á Faquimo en aquel estado, causa de tanto escándalo, burlas y desprecios por parte de todo el pueblo. A tal extremo llegó su hondo disgusto que suspiró, sollozó y lloró, toda enternecida, diciendo repetidas veces y de maneras distintas este pensamiento: «¡Pobre Faquimo! ¡Tan bueno y tan honrado y todos le miran mal!...» Y como consecuen-

cia inmediata pensó también que sus tíos Homobono y Antonia eran unos tiranos, y el alcalde, con todos sus planes, una especie de secuestrador más temible que el moro Faquimo.

El lector puede apreciar cómo San Antonio trajo novio, en efecto. Pero... ¿por qué para presentarlo necesitó ponerlo como una uva? Esto es lo que Manuelilla deploraba con toda el alma; pero es menester convenir en que la turca no era obra del Santo, sino de la alegría inexplicable de Faquimo. Alegría más inexplicable para él que para Manuelilla.



VII

«Tengo una pena conmigo
que á nadie se la diré...»

DESPUNTÓ el alba: saludáronla los gallos, perfumáronla las florecillas de los prados, reflejó su luz el cristalino río, los jilgueros, pardillos y otra gente de pluma esperezó sus alas y abandonó sus dormitorios de hojas para saltar, diablear y gorjear el día entero: entre tanto, por el camino real se alejaban del pueblo dos lucidas pollinas conductoras de una mujer una, y de un hombre otra; y seguías á pie un mozo encargado de conducir otra tercera jumenta, ésta cargada con un serón. Victoria y Gaspar eran los cabalgadores y no caballeros, y Faquimo el mozo, quienes